

Raíces humanas, previas a las creencias

Juan Antonio López Benedí*



Viaje a Little Rocks, 2011, Rogelio Valenzuela Colomo

Resulta evidente que como seres humanos, somos consecuencia de aquello que llamamos vida. Hay algo previo a nuestra existencia, en el campo puramente biológico, sin llegar a cuestionarnos orígenes existenciales. Es un hecho que estamos vivos y que nuestra vida tiene una serie de características propias y comunes a todos los seres humanos del planeta, más allá o de forma previa a cualquier tipo de creencia o descreencia.

Cuando consideramos nuestro presente y futuro actual, desde una cierta sensación de dominio tecnológico y mental de la existencia, tendemos a pensar que nuestros pensamientos

son los únicos responsables de nuestra realidad; que en función de lo que pensamos, actuamos. No obstante, a la hora de analizar nuestros procesos de toma de decisiones, planificaciones y sentimientos cotidianos, fácilmente llegamos también a la conclusión de que somos consecuencia de múltiples influencias culturales y procesos de formación que nos condicionan a la hora de dar un sentido a la vida, enfocar nuestros objetivos, determinar lo que nos resulta valioso y también a desarrollar planes concretos para alcanzarlo o sentirnos incapaces de hacerlo. Lo cierto es que resulta imposible aprender una lengua o relacionarnos socialmente si no formamos parte de algún sistema de creencias. Éste puede ser mayor o menor e incluso suelen convivir en nosotros sistemas de creencias complejos, ya sea de forma consciente o inconsciente, que no siempre son del todo coherentes entre sí.

Veamos algunos ejemplos. Al nacer en un determinado país y ciudad, con una o varias lenguas oficiales, vamos recibiendo una educación peculiar y ligera o muy diferente a quienes nacen en otros países y ciudades, con otras lenguas. La forma de entender la realidad no es idéntica hablando español y habiendo nacido en Madrid (España), como es mi caso, que la de otras personas que conozco y que nacieron en Londres (Reino Unido); París (Francia); Ciudad de México; Ciu-

dad Juárez (México); El Paso (Texas-USA); Miami (Florida-USA); Caracas (Venezuela); Casablanca (Marruecos); Atenas (Grecia); Moscú (Rusia); El Cairo (Egipto) y muchos otros lugares. Si a esto añadimos sus creencias religiosas, prácticas espirituales o concepciones ateas, vemos muchos más matices diferenciadores. Por otra parte, las costumbres familiares, la condición socioeconómica y nuestra formación escolar o universitaria, también generan en nosotros formas de comprensión de la vida, de nuestra realidad, diferentes. Para poder mantener relaciones sanas e incluso productivas, en diferentes sentidos, necesitamos conocernos e ir estableciendo acuerdos en cuanto al significado de las palabras que

dotas en este sentido, que resultan graciosas en conversaciones entre amigos con respecto a términos comunes relativos a los órganos genitales o la actividad sexual, entre diferentes expresiones en Latinoamérica y España. A la hora de establecer acuerdos, es muy importante utilizar palabras de significado conocido para las personas que las usan y matizar éste o aclararlo, sin dar por hecho que sea el mismo en todos los casos. Esta es una forma de establecer acuerdos. Tales acuerdos se producen basándonos en estructuras racionales.

Al mismo tiempo encontramos referencias comunes a todos los seres humanos. Por ejem-



Lámina y ladrillos, 2006, Rogelio Valenzuela Colomo

utilizamos, en la misma lengua o en otra. Además conviene comprender las similitudes y diferencias en cuanto a lo que para cada persona es valioso.

Pongamos por caso que conocemos a un hombre o mujer de otro país, incluso hablando los dos la misma lengua. Esa persona puede utilizar alguna palabra común en su lugar de origen que para nosotros tiene un significado diferente o que carece de él. En Ciudad Juárez, por ejemplo, escuché muy comúnmente la palabra “maquila”, cuyo significado ignoraba. También oí a muchas personas utilizar la expresión “canijo” o “¡ay canijo!”, con un cierto uso diferente al que se suele utilizar en Madrid. Hay muchas anéc-

do, cuando se viven situaciones intensas que amenazan con poner en riesgo nuestra vida o la de nuestros conocidos, como es el caso de los recientes temblores en diferentes ciudades de México. Incluso sin conocerlas, es normal sentir compasión por las personas que sufren algún tipo de desgracia, lo que termina materializándose en diferentes formas de apoyo cercano y de la comunidad internacional. En este caso, el punto de partida para llegar a una acción determinada suelen ser las emociones y los sentimientos. A su vez, entre las víctimas de catástrofes naturales, por ejemplo, tienden a darse reacciones instintivas independientes y a veces en contradicción directa con las creencias. Este tipo de procesos automáticos y de origen



Apagón, 2008, Rogelio Valenzuela Colomo

genético-anímico puede acontecer también en casos como el hambre o las intoxicaciones por sobresaturación emocional que generan “catarsis” como el llanto, la risa histérica, la rigidez o el temblor corporal.

Las reacciones instintivas típicas, además de las “catarsis” mencionadas, son el ataque, la huida o el sometimiento. Pero antes de que se produzcan los hechos que generan este tipo de reacciones también existen procedimientos instintivos preventivos. Todos los animales en estado de libertad perciben las catástrofes naturales con antelación suficiente para poder escapar y ponerse a salvo. Nosotros, como seres biológicamente ligados a lo animal, también. En nuestro caso no podemos hablar de un estado de “libertad” animal porque estamos condicionados por nuestras creencias, entre otras cosas. Éstas nos alejan de nuestra sensibilidad natural, muy frecuentemente vinculada con alteraciones intestinales, a través de aprendizajes racionales o condicionamientos de otros tipos. Lo peculiar del caso es que, cuando queremos arreglarlo limpiando nuestras “creencias limitantes” para sustituirlas por otras relacionadas con objetivos y logros seguimos imponiéndonos creencias que nos alejan de nuestra sensibilidad natural, ya que estas últimas las tomamos de referencias, opiniones o propuestas de otras personas.

Necesitamos recuperar nuestra capacidad de “escucha coherente” con respecto a nuestra sensibilidad natural, que podemos identificar con la auténtica “sabiduría del corazón”. Esta última no se identifica con las creencias, producto de costumbres o aprendizajes racionales. Tampoco es totalmente equivalente a los procesos cientí-

Lo peculiar del caso es que, cuando queremos arreglarlo limpiando nuestras “creencias limitantes” para sustituirlas por otras relacionadas con objetivos y logros seguimos imponiéndonos creencias que nos alejan de nuestra sensibilidad natural, ya que estas últimas las tomamos de referencias, opiniones o propuestas de otras personas.

ficos de conocimiento, aunque muchos eminentes investigadores y descubridores de principios fundamentales para la tecnología, la ciencia en sus diferentes áreas y la humanidad, a lo largo de toda la historia de ésta, confesaron que habían partido de impulsos, presentimientos o hipótesis de origen no racional. Por otra parte, no debe confundirse tal sabiduría cardiaca con reacciones instintivas o deseos vinculados, por ejemplo, con lo que Abraham Maslow denominó “necesidades básicas o primarias”: el hambre, la sed, la respiración, la necesidad de protección y el sexo.¹ Hay elementos propios de todos los seres humanos y previos a cualquier tipo de creencias. Desde éstos construimos los valores fundamentales de la humanidad.

*Doctor en Educación en Valores por la Universidad Autónoma de Madrid. Escritor y filósofo. Autor de más de 20 libros, novelas y artículos. Actualmente es director general académico del Instituto de Educación en Valores, con sede en Ciudad Juárez.

¹ Es muy conocida la “pirámide de necesidades” de Abraham Maslow no sólo en textos de psicología, sino en anuncios publicitarios; y pueden encontrarse referencias a la misma en cualquier buscador de internet.

Fecha de recepción: 2017-10-21

Fecha de aceptación: 2018-01-09